

Crónicas de Ljubljana

Llegué por primera vez a Ljubljana en un gélido enero de 2005, como participante de una Máster Class de Dirección de Orquesta con la prestigiosa Orquesta Filarmónica Eslovena, formación que antaño tuviera como titular a Gustav Mahler. En aquellos cuatro días no pude conocer la ciudad, pues el trabajo no me lo permitió ni el frío me animó a hacerlo. En agosto de 2010 estuve una tarde de nuevo en la capital eslovena para dirigir un concierto con la Orchestra di Fiatti ALPE ADRIA, la banda de alumnos y profesores de los Corsi Internazionali di Perfezionamento Musicale de Spilimbergo (Italia), ciudad italiana distante a unos doscientos kilómetros. A pesar de estar en pleno verano, la lluvia fue nuestro acompañante en un rápido paseo por el centro de la ciudad previo a nuestra actuación en un teatro a las afueras.

Ahora estoy de nuevo en esta preciosa urbe eslovena, invitado por la Banda de las Fuerzas Armadas de Eslovenia, prestigiosa formación profesional que cada año en primavera ofrece un concierto extraordinario en el maravilloso auditorio del Carkajev dom con un director invitado internacional. Realmente me siento afortunado de haber sido designado para tal efecto, pues he descubierto una orquesta de vientos y percusión de primer nivel, con una profesionalidad extraordinaria y con una calidad de músicos de primer orden que además me han brindado un trato familiar, cercano y lleno de cordialidad y respeto. Ellos me han ayudado a descubrir su país y su cultura, enamorados como están de su patrimonio y de la tierra que les vio nacer.

Ljubljana procede de una derivación fonética del latín "*alluvio*", denominación con la que los romanos llamaron a estas tierras por las constantes inundaciones (aluviones) del río. La historia de la ciudad se remonta a la mitología de Jasón y los Argonautas, quienes una vez con el vellocino de oro en su poder, vendrían por estos lares en donde vencieron a un terrible dragón, símbolo de la ciudad. Un hermoso castillo de época medieval preside el paisaje sobre una majestuosa colina en el centro de la zona antigua, edificio que conserva entre otras estancias una histórica Capilla de San Jorge, patrón de la ciudad, y una esbelta torre, estandarte y símbolo de Ljubljana y testigo privilegiado de su devenir histórico, con unas vistas increíbles de todo el valle del río Ljubljana con las nieves de los Alpes Austríacos al fondo. La capital eslovena se enclava en la mitad del territorio de este país con idioma propio, del cual presumen con los versos y relatos del poeta France Preseren. Tras la derruida República Yugoslava han reafirmado su identidad única que les otorga un carácter muy particular por combinar influencias de los pueblos latinos, germánicos y eslavos. De ello presumen a lo largo y ancho de este país con unos dos millones de habitantes.

La organización ha tenido la generosidad de mostrarme su ciudad, sus alrededores, en una semana frenética en la cual he podido escuchar conciertos, como el de la Orquesta de la Radio Eslovena, y he podido conocer distintos lugares llenos de encanto. He estado en la inmensa cueva de Postojna, con su tren interno que parece llevarte al

centro de la tierra, su pez humano o protus, uno de los animales anfibios que viven en el particular ecosistema de esta magnífica gruta de más de veinte kilómetros llena de blancas estalactitas y estalagmitas. El sábado por la tarde, después de mi ensayo pude disfrutar de la cercana ciudad de Bled con sus aguas termales, su lago con su famosa isla a la que acuden peregrinos de todas partes para hacer sonar la campana de los deseos, su castillo de más de mil años de edad sobre la imponente la colina...

Hoy, domingo de Ramos, la noche nos ha regalado un manto blanco que empieza a crecer mientras avanza el día con una persistente nieve que cubre todo el paisaje de Ljubljana. Desde que llegué a principios de semana, el sol primaveral ha presidido todos los momentos del día eliminando cualquier resquicio invernal. Sin embargo, los lugareños han salido hoy a la calle con bufandas, abrigos, guantes, gorros y con sus peculiares palmas de colores y ramos de olivo a celebrar este inicio de Semana Santa tupido de pura y alba nieve. Hoy tengo el día libre, veo nevar desde la ventana de mi hotel situado cerca de la sala de ensayos en un barrio obrero al noroeste de la ciudad. Mis vistas comprenden edificios de época pretérita, funcionales pero poco agraciados para la vista, como si la vida no debiera provocar el goce. Edificios creados por gobiernos que pensaban que los demás no lo hacían.

Pero si escribo este artículo es precisamente para reivindicar que en este mundo de crisis, los músicos tenemos la fuerza de nuestro arte, que nuestro trabajo puede contribuir al bien común, a la socialización de un territorio. La Banda de la SAF (Slovenian Armed Forces) me ha llevado a trabajar a un nivel artístico de gran altura pues tanto el programa como los músicos me han abierto esta posibilidad. Cuanta música se puede hacer aún, cuantos estereotipos hay que romper en este mundo de las bandas, cuanto nos queda por descubrir,... Los músicos eslovenos me preguntan por la realidad cultural de mi país. En las pausas de los ensayos y en algún que otro mantel compartido he tenido oportunidad de comprobar cómo se repiten en distintos países las actitudes mediocres e ignorantes de quienes nos administran, al pensar que todo proyecto artístico es un gasto innecesario para la salida de la crisis. Pero España o Eslovenia no son casos aislados. Recientemente he estado en Alemania, en Holanda, en Portugal, en Italia, e incluso en Suiza y en todos ellos, para algunos dirigentes, los artistas no pasamos de ser meros bufones en busca de un mendrugo de pan. Sin embargo, las horas de ensayo de esta semana tan lejos de casa, las conversaciones con compañeros músicos, las experiencias vividas en este país que durante muchos años estuvo subyugado a la voluntad de unos pocos, y sobre todo gracias a la espiritualidad que cada día he vivido sobre el podio de la Banda de las SAF y al extraordinario trabajo que sus músicos me han brindado, me lleva a entonar un canto de confianza y de esperanza. Como dijo García Márquez: me niego a admitir el fin del hombre. Las calles de esta vieja Europa en crisis están llenas de gente sensata que sabiendo cuáles son sus deberes reclama con vehemencia sus derechos básicos. Gentes que saben sobrevivir a todo pese a muchos. Mujeres y hombres llenos de humanidad que saben

provocar proyectos de sinergias que aúnan fuerzas, conocimientos y experiencias: una sociedad generosa que se abre paso en un presente duro y difícil marcado por las restricciones impuestas por quienes dicen velar por nuestros intereses ahora que ellos tienen resguardados los suyos.

Concluyo este texto en París después de que mi primer vuelo a las siete y media de la mañana desde Ljubljana se haya cancelado por la tormenta de nieve. Finalmente hemos salido a las cuatro de la tarde desde el aeródromo de la capital eslovena y en Charles de Gaulle, mientras espero la conexión, vuelvo a encararme a la pantalla de mi pequeño ordenador. Me vienen recuerdos del concierto de ayer en el espectacular Carkajev dom reforzados con los mensajes que he recibido en el teléfono móvil de parte de muchos de los músicos de la SAF que se han comunicado conmigo a lo largo de este día tan eterno. Creo que fue bello. Bello en música, en complicidad, en emociones, en generosidad tanto por parte de los músicos como del público, bello en reencuentros: en el público tuve amigos italianos venidos a saludarme desde el vecino Friuli e incluso un amigo español llegado por sorpresa desde Budapest (donde concluye su año Erasmus) con un coche de alquiler después de siete horas bajo una tormenta de nieve. Es magnífico tener cómplices de este nivel de afecto. Tras el concierto vino a mi camerino el Ministro de Defensa de Eslovenia quien me felicitó muy emocionado por el concierto y me regaló un detalle. De poético, como mínimo, se me ocurre calificar a un Ministerio de Defensa de un país que invierte parte de su presupuesto en organizar conciertos. Y si su máximo responsable, el mismísimo ministro, se digna en asistir a los mismos y agradece el trabajo de aquellos que lo han hecho posible, es realmente todo un ejemplo de coherencia y de que entre los políticos (como entre los músicos, los periodistas, los fontaneros, los panaderos, los abogados,...) siempre hay gente honesta que se preocupa por hacer bien su trabajo.

Éste es el valor de nuestra sociedad: grupos humanos que plantean proyectos que benefician al colectivo. El bien común es el único bien que puede ser denominado como tal. Es cierto que todo se conecta, se complementa, se interrelaciona,... incluso más allá de los que intentan evitarlo. Tan solo hemos de estar atentos para no dedicar nuestro tiempo a aquellos intereses que tienden a fomentar la paupérrima miseria de querer tener. Cada minuto que pasa es un impulso que deberíamos invertir en querer ser. Una inversión en nuestra condición humana con humildad, esfuerzo, respeto, tolerancia y responsabilidad en el mundo que nos ha tocado vivir. Ésta sí es una inversión preferente. Y además, tiene la ganancia asegurada.

Me reconforta escribir gritos internos con el deseo de que dejen de serlo. Con la familia lejos por la geografía pero siempre cerca por los sentimientos y por los pensamientos, ocupo algunas horas de tediosa soledad con el bello ejercicio de la escritura. Símbolos llenos de significado sobre blanca textura, como las figuras de los

árboles que desde mi ventana de Ljubljana asomaban entre el blanco paisaje y perfilaban bosques de bella estampa, de fría nieve pero de cálida ternura.

José R. Pascual-Vilaplana

Ljubljana, 24 de marzo de 2013

París, 26 de marzo de 2013